


Filmoteca
de Catalunya

Films

SELECTION



NORMA
SHEARER
Y
LESLIE
HOWARD

50
cts.



**JUNE
LANG**

(Foto 20 th.
Century Fox.)

FILMS SELECTOS

Año VIII.

N.º 318

Director: J. ESTEVE QUINTANA
Vergara, 3. - Teléf. 22890. - Barcelona

EL tamaño de «FILMS SELECTOS» ha tenido que sufrir, a partir de este número, una modificación por exigencias de la fabricación del papel. Esta modificación, sin embargo, no ha de afectar para nada al fondo de nuestra publicación, sino simplemente a su forma. Es decir, que ello no mermará el interés y actualidad de sus informaciones, porque ya es sabido que el prestigio de un periódico no guarda relación alguna con su formato. Lo que importa en toda publicación es su contenido, que el tamaño de las páginas en que éste vaya impreso no es cuestión esencial. Y lo decimos sin ánimo de molestar a nadie.

Se trata, pues, de una cuestión accidental, que ha tenido que ser solucionada, como tantas otras que a diario surgen, si no a satisfacción nuestra, con la mejor voluntad. Lo cómodo, para abreviar las dificultades que las circunstancias actuales ocasionan, sería interrumpir la edición, pero ello representaría desertar de nuestro deber. La importancia del primero de los espectáculos, importancia que las organizaciones sindicales han sido las primeras en reconocer, requiere el estímulo y la protección de la prensa especializada, puesto que de él viven infinidad de obreros y constituye una parte nada despreciable de nuestra economía. De nosotros, sólo hemos de decir que tampoco podemos abandonar una empresa que es vida y sostén de numerosas familias, cuanto más que el público con su concurso la sanciona y aplaude, pasando por alto sus deficiencias y anomalías hijas del momento.

Nuestro agradecimiento hacia este público es el mejor estímulo para seguir con entusiasmo nuestra obra, que ansiamos poder normalizar en provecho de todos.



MAUREEN O'SULLIVAN

Balcón adecuado, esta portada, para la bella imagen de la encantadora y graciosa actriz de la M.-G.-M.

FilmoTeca

SOBRE la pantalla muda, la silueta de Juan de Orduña adquirió el máximo prestigio dentro del cine español. Era la misma época en que triunfaban Manolo San Germán, Valentín Parera y Pepe Nieto y en que figuraban, como primeras «estrellas» de nuestro celuloide, Carmen Vianca, Elisa Ruiz Romero y Celia Escudero.

Acaso, de todos aquellos artistas quedó, con resonancia más firme, por su creación en *Boy*, Juan de Orduña.

En aquel tiempo todavía perduraba en el cinema español la influencia que le había impreso el italiano: Influencia que quedó más ostensiblemente marcada en el modo de actuar de los artistas que en el estilo del film hispano. «Poses» lánguidas, mímica lenta, fría, muy ensayada ante el espejo, pero por lo mismo sin expresión psicológica del personaje. Y un concepto sentimental, romántico y superfluo de ese personaje.

La pantalla muda, mientras estuvo influida por el cine italiano, sólo fue figura, falsa fotogenia, sin contenido dramático, sin auténtica emoción humana.

En el cine yanqui estuvo representada esa tendencia, principalmente, por Rodolfo Valentino, el llorado «Ruddy», idealizado en el lienzo como un dios —Apolo mismo debió de envidiarlo— y tan vulgar, el pobre, realmente. Porque el «hermoso Valentino», por quien tantas mujeres suspiraron, era un hombre mediocre, y su belleza puro mito, el más formidable «bluff» del cine norteamericano. Sepan de una vez para siempre, las sentimentales que, aun al recordarlo ahora, sienten el corazón angustiado, que su bello ídolo lucía en una de las mejillas, que no presentó nunca en los primeros planos cinematográficos, la extensa y profunda cicatriz de una cuchillada.

El cine italiano —lánguido y ñoño— y el «bello Ruddy», influyeron enormemente a nuestros galanes, lanzándolos a una competi-

ción de superficialidad y de rostros bonitos.

Juan de Orduña, como cada uno de los otros, pretendía ser el galán más guapo de la pantalla española.

Sin embargo, en Orduña había sensibilidad artística y temperamento, a pesar de la preocupación de moda —que aún perdura para al-



Juan de Orduña en un momento de «El cura de aldea».

Juan de Orduña

ESPERA
TRABAJAR
A LAS
ORDENES
DE UCIKY

unos—, que amaneraban su trabajo restándole espontaneidad y emoción. Esa sensibilidad y ese temperamento le permitieron cuajar un personaje: *Boy*.

Muy recientemente, en Valencia, donde coincidimos, me decía Orduña:

—Hasta ahora, mi actuación en el cinema hablado no me satisface por completo. Sé que mi labor puede ser más depurada y perfecta. Pero el actual cinema no me ha ofrecido aún «mi» personaje como lo tuve en el cine mudo.

—¿Le gustaría encarnar nuevamente a *Boy*?

—En efecto —me responde—, pero a un *Boy* distinto, aunque el mismo. Lo siento de otro modo más humano. El cine de entonces era otra cosa.

—¿Se logrará pronto su deseo, Juanito?

—Así lo espero. Antonio Calvache tiene ya preparado el guión y seguramente empezaremos en seguida a trabajar en la versión sonora de la obra que más popularidad me dió.

Juan de Orduña acierta al decir que el cine de entonces era «otra cosa». Y así se lo indico.

Era el cinema de los claros de luna del film italiano y de los galanes a lo Valentiniano.

Para Orduña es ahora una preocupación muy viva no resultar amanerado y «bonito» en la pantalla. Lo señalé en cierto artículo mío, refiriéndome a los galanes españoles en general, y Orduña, dolido y comprendiendo que tengo razón, muestra especial empeño en demostrar que se preocupa más de los personajes que interpreta que de sí mismo, que pone su temperamento de artista por encima de sus cualidades físicas.

Oyéndole ahora expresarse así, creo que logrará crear un carácter, una psicología cinedramática, en vez de un maniquí más o menos atractivo, pero siempre endeble como personaje. Condiciones temperamentales para conseguirlo las tiene Juan de Orduña. Me alegraría mucho poderlo afirmar pronto en letras de molde.

Pregunto a Orduña:

En esta escena de «El cura de aldea» Juan de Orduña recuerda algo, en la prestancia y la actitud, al famoso Casanova.

(Fotos Cifesa.)

Juan de Orduña, con Imperio Argentina en «Nobleza baturra».

—¿Sólo tiene *Boy* en perspectiva?

—¡No, no!... Algo más, también interesantísimo —me replica sonriendo.

—¿Y es?...

—Otra película contratada con Cifesa.

—¿Título?

—Ignoro qué título llevará. Lo realmente interesante para mí es que figurará como oponente de una de estas dos grandes actrices: Catalina Bárcena o Imperio Argentina.

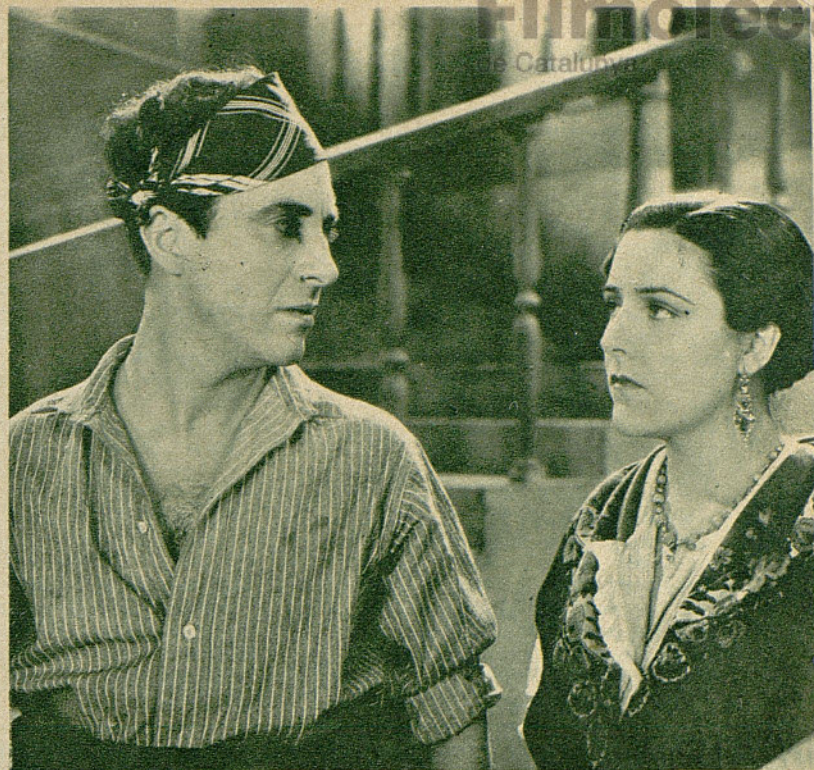
—¿Y qué más? Porque sospecho que me oculta todavía alguna noticia importante.

—Es que no quería darle aún esa noticia, por si no se confirmara, aunque existen proposiciones en firme.

—¿De qué se trata, Juanito? En una revista de la categoría de FILMS SELECCIONADOS bien vale la pena de lanzar algo sensacional o inédito — insisto.

—Bien, esa última consideración es la que me decide: que trabajaré en un film de Uciky. Pero no con un papel secundario, sino como protagonista de la versión española. Gustav Fröhlich hará ese mismo papel en la obra original. ¿Qué le parece?

—Sencillamente, que tiene usted tres oportunidades magníficas para consagrarse, ya de un modo definitivo, en la pantalla sonora: la primera, *Boy*; la segunda, esa película de la Cifesa, en que opondrá usted su arte



Un admirable primer plano de Juan de Orduña y Pilar Muñoz en «Nobleza baturra».



al de Catalina Bárcena o Imperio Argentina y, últimamente, ese film, de un director tan prestigioso como Uciky. ¿Conoce usted pormenores de esta película?

—Todo lo que sé de ella es que se titulará *Camaradas* y que la acción transcurre en Africa. —

Y como yo quiero darle validez a esta entrevista, celebrada en Valencia con Juan de Orduña, estampo en ella mi firma.

MATEO SANTOS

LA CASADA INFIEL

Y que yo me la llevé al río
creyendo que era mozueta,
pero tenía marido.

Fué la noche de Santiago
y casi por compromiso.
Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.
En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.
El almidón de su enagua
me sonaba en el oído
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos.
Sin luz de plata en sus copas
los árboles han crecido
y un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.

Pasadas las zarzadoras,
los juncos y los espinos,
bajo su mata de pelo
hice un hoyo sobre el limo.
Yo me quité la corbata.
Ella se quitó el vestido.
Yo el cinturón con revólver.

Ella sus cuatro corpiños.
Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino,
ni los cristales con luna
relumbran con tanto brillo.
Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.
Aquella noche corrí
el mejor de los caminos,
montado en potra de nácar
sin bridas y sin estribos.
No quiero decir, por hombre
las cosas que ella me dijo.
La luz del entendimiento
me hace ser muy comedido.
Sucia de besos y arena
yo me la llevé del río.
Con el aire se bañan
las espadas de los lirios.
Me porté como quien soy.
Como un gitano legítimo.
Le regalé un costurero
grande, de raso pajizo,
y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozueta
cuando la llevaba al río.



UN HOMENAJE DEL CINEMA A GARCÍA LORCA

GARCÍA LORCA, cuya muerte ha conmovido al mundo entero y parece el final de uno de sus inmortales romances, ¡qué gran romance habrá compuesto allá en la eternidad él, el único gran cantor digno de su propia muerte! García Lorca acaba de ser objeto de un fervoroso homenaje por el arte de la pantalla.

No será, sin duda, el único, pero podemos afirmar que nos parece muy bello y muy digno del gran poeta mártir.

Un joven de talento y brillante porvenir acaba de revelárenos como inteligente e inspirado creador en nuestro arte. Preparado, sin duda, por largas meditaciones y depurado su gusto por un instinto de verdadero artista, una mañana salía pertrechado y vibrante de entusiasmo hacia las risueñas orillas del Llobregat.

En su espíritu resonaban unos versos de García Lorca: los de «La casada infiel» y «Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino de Sevilla».

Iba con él un gitanillo auténtico, admirable tipo de raza cuya figura ha merecido los honores de la inmortalidad reproducida en bronce por escultores eminentes.

Le acompañaba, también, una admirable jovencita, la estampa misma de la casadita infiel que soñara García Lorca, Paquita Sardá.

El nuevo artista realizador se llama Justo Labal. Pronto la cámara captaba una serie de imágenes muy bellas de

PRENDIMIENTO DE ANTOÑITO EL CAMBORIO EN EL CAMINO DE SEVILLA

Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
con una vara de mimbre
va a Sevilla a ver los toros.
Moreno de verde luna,
anda despacio y garboso.
Sus empavonados bucles
le brillan entre los ojos.
A la mitad del camino
cortó limones redondos,
y los fué tirando al agua
hasta que la puso de oro.
Y a la mitad del camino,
bajo las ramas de un olmo,
guardia civil caminera
lo llevó codo con codo.

El día se va despacio,
la tarde colgada a un hombro,
dando una larga torera
sobre el mar y los arroyos.



Filmoteca
Las aceitunas aguardan
la noche de Capricornio,
y una corta brisa, ecuestre,
salta los montes de plomo.
Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
viene sin vara de mimbre
entre los cinco tricorrios.

—Antonio, ¿quién eres tú?
Si te llamas Camborio
hubieras hecho una fuente
de sangre con cinco chorros.
Ni tú eres hijo de nadie,
ni legítimo Camborio.
¡Se acabaron los gitanos
que iban por el monte solos!
Están los viejos cuchillos
tiritando bajo el polvo.—

A las nueve de la noche
lo llevan al calabozo,
mientras los guardias civiles
beben limonada todos.
Y a las nueve de la noche
le cierran el calabozo,
mientras el cielo reluce
como la grupa de un potro.



plástica y de luz que Labal iba construyendo según el ritmo de las bellas poesías que en su espíritu cantaba.

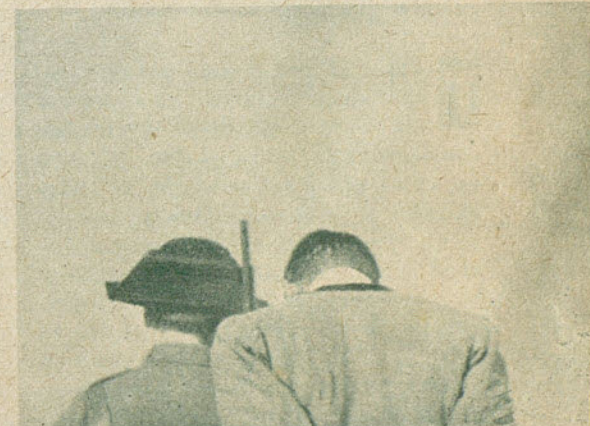
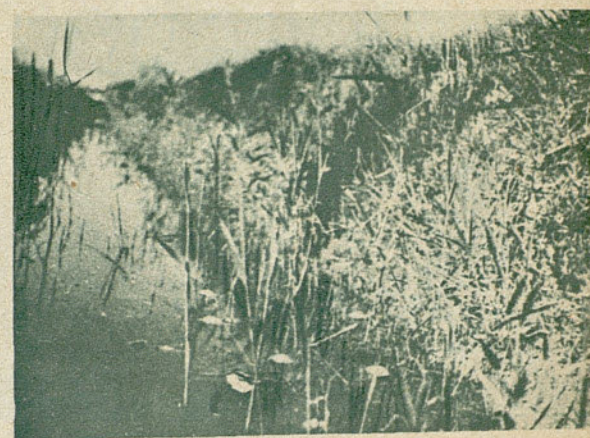
¿Cinema realista? ¿Surrealista? ¡Qué importa! Basta que desfilen hasta nuestros ojos una serie de admirables imágenes, de escenas de una vida intensa, gestos de un ritmo artístico sorprendente.

Basta que cada escena evoque en nuestro propio espíritu los versos del gran poeta que le inspiraron y sintamos la certidumbre de que estos momentos de tan curioso ensayo cinematográfico hubieran satisfecho al gran Federico.

Ensayo, hemos dicho. Se trata de una película de poca duración, en que la falta de extensión queda compensado por la intensidad y el mérito artístico.

Otra idea feliz del realizador ha sido la de asociar el movimiento del film con los ritmos de la dicción siempre admirable de Manolo Gómez, el gran intérprete de las poesías de García Lorca.

Como digno final de esta película, su autor ha tenido el acierto de adaptar una serie de bellas vistas de Granada, acompañadas de la recitación por el mismo Manolo Gómez de la emocionante poesía «El crimen fué en Granada», homenaje póstumo del gran poeta Machado al malogrado García Lorca, trágicamente desaparecido en la plenitud de su talento y de su radiante imaginación.





Sally Raud. (Foto Paramount.)

TAMBIÉN el cine cuenta con sus muchachas de conjunto; no se llaman así, claro está. Si el cinema no contase con un léxico propio, perdería un cincuenta por ciento de su fuerza mágica. Se llaman «girls» o parecidamente. Pero, en el cinema, estas muchachas tienen una importancia decisiva. Fueron, antes, las bañistas de Mack Sennet: llevaban un rayado maillot que les daba un aire de ligeras cebras del mar. Era el primer paso hacia la mitología — todo el cine es un mito infinitamente

más poderoso que el de Hércules —, esa nueva mitología que ha poblado de ondinas y sirenas todas las playas y todas las pantallas del mundo.

Pero es curiosa esta observación: aquellas muchachas de Mack Sennet nacían como Venus de la espuma del mismo mar. El mito de la Afrodita marinera debió de tener un origen parecido: alguna bañista del Pireo, encontrada por un navegante feliz.

Perdida la memoria, la «chica de conjunto» entra en la escena de plata con un ropaje mínimo. Se encuentra así desnudita o medio vestidita, en un escena-

rio gigantesco, frente a una escalera móvil que recuerda con esa movilidad el origen del mito: el mar y, claro, sus olas.

Porque ¿han observado ustedes que estas muchachas maravillosamente anónimas se contonean con aire de marineros? Son eso: marinos de una nave inmensa que se proyecta en todas las imaginaciones del mundo. Se comprende, así, que se dibuje en la nueva civiliza-

Cinco bellas muchachas se deciden a probar un experimento acuático... De izquierda a derecha: Irene Bennett, Jill Dean, Ann Evers, Wilma Francis y Loise Small. (Foto Paramount.)



ción un gusto por el mar; pero no es, esta vez, el gusto viejo por la aventura. Por hilyanar itinerarios y periplos desconocidos. El cinema — diríamos la civilización — huye de lo que desconoce. Precisamente si alguna vez se mete con lo que no se ve es para hacerlo sensible a nuestra vista. Ciencia y arte frente a metafísica y teología. Y que es eso y es así ahí están las piernas de nuestras «girls». Porque hay otro detalle, dicho llanamente, la mar de significativo: la cámara se ha metido entre las piernas de las muchachas; pero nada más. Dice un escritor inglés que, si ha empe-

trado por ahí, sus razones tendrá: la casa se empieza — por lo menos todavía — por los cimientos. Pero lo cierto es que, por ahora, se ha quedado ahí, o todo lo más, se ha echado a dormir la siesta en la playa morena de las espaldas de una «girl». Se nos escaparon dos o tres palabras que hemos recogido con pinzas: dibujo, playa, civilización. ¿Por qué? Dibujo es forma, playa es límite, pero civilización es una y otra cosa. Está claro que esto a simple vista tiene un aire fuerte de acertijo. Pero es lógico: el cinema ha venido, con sus sirenas, a bañarnos en luz y, ahora, todo se resuelve en nuestra subconsciencia con unas incontenibles ganas de irse a tomar el aire por todos los caminos del mundo. Y es que nuestro tiempo, nuestra época, no es tanto la época del desnudo como la época del dibujo. Dibujar es dar forma a algo — aunque sólo sea con la palabra y a una idea idiota que nos esté molestando en la mollera —; desnudar es muy otra cosa.

No tiene nada que ver, absolutamente nada, una veneciana desnuda por el pincel del Tiziano con una muchacha de conjunto en maillot, o menos, con una faldilla casi inexistente. Y otra particularidad: ni el maillot ni la forma de un torpe de mujer sirven para ocultar nada. Porque estas muchachas de conjunto no tienen nada que ocultar. Por lo menos nada malo ni desagradable.

Sirven para todo lo contrario; para precisar, para dibujar. Una mujer rigurosamente desnuda sería, accionando en la pantalla, un ente muy poco menos que ofensivo. Desde luego, de un mal gusto feroz. El cinema es un buen aficionado a quitarles las faldas a las mujeres, pero no a levantárselas. De ahí el que, de las muchachas de conjunto, no se conciba el que se vayan a desnudar; no aparezcan vestidas para desvestirse en presencia del espectador.

Una «girl» cinematográfica es, claramente, la misma antítesis de la picardía o de la doble intención. ¿Las han visto

FilmoTeca

de Catalunya

ustedes serías alguna vez? Si una guiña el ojo o lo entorna, lo entornan o lo guiñan todas, sin excepción; es un gesto mecánico, exacto y preciso. No hay nada detrás. Ni la más pequeña escabrosidad. Tienen una sonrisa amplia — una sonrisa plenamente dental — sin dobleces de «sex-appeal», sin languideces y sin incitaciones. Hay un momento en que la mujer se lo quita todo, menos las medias. — ¿Recordáis la historieta? Pertenecía a *Si yo tuviera un millón* —.

La atracción sexual llega



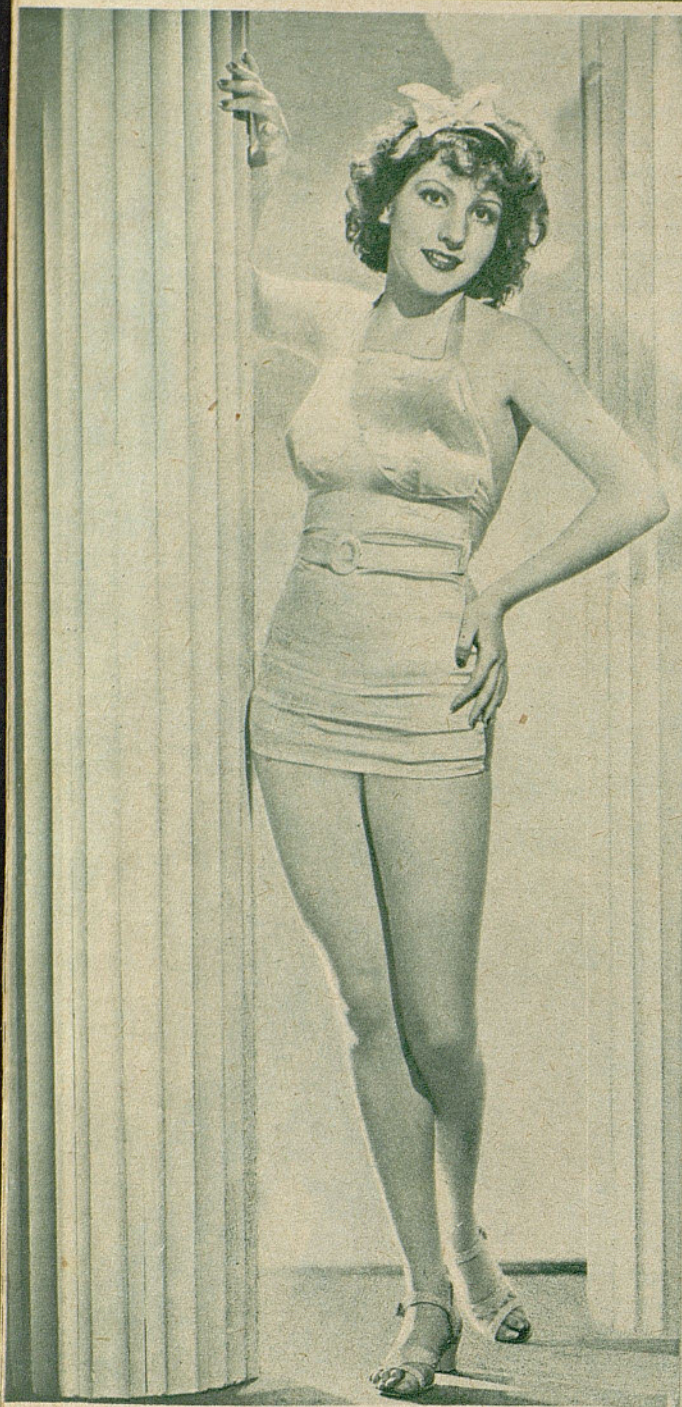
Una «girl» de la Metro.

ahí a su máximo. Estas muchachas que nacieron de la espuma del mar no tienen necesidad de quitarse nada; ni las medias.

Vale esta observación por la apología de la castidad.

J. RUIZ DE LARIOS

OLAS DE SOL



BLANCA VISCHER
(Fotos Fox.)

Mar y cielo rabiando en negros celos
por el cálido afán de poseerte...

Es un día estival... Canícula... En la playa...
El sol derrama el oro de su alma transparente...
Hiriendo lejanías tu ilusión se desmaya
en un sueño resplandeciente...

Yo pregunto quién eres. —Es la novia del mar—
me contestan... Y envidio al mar y al cielo
y al aire y a la luz que te quieren besar
con la misma emoción que lo haría mi anhelo...
Sobre todas las cosas, algo como un temblor...
A tu lado, en silencio, ha pasado el amor.

Lope T. MARTÍNEZ DE RIBERA



¡Oh tu cuerpo, abrasado por llamas lujuriantes!..
¡Oh tu carne, encendida en todos los pecados!..
¡Carne sol, carne fuego, carne que tus amantes
ensoñaron en horas de fe, iluminados
por el recuerdo rojo de imágenes logradas
a la orilla del mar!..
Mar de olas encalmadas;
olas que resbalando suaves a besar
tu carne nacarada, se tornaban en beso
al llegar a tu cuello y a tu boca...

Era un día estival... El mar te había preso
en su verde caricia... De pie, sobre una roca,
dabas tu cuerpo al aire, al agua y a los cielos...
Mar y cielo riñendo para verte...

Donald

Filmoteca

Woods

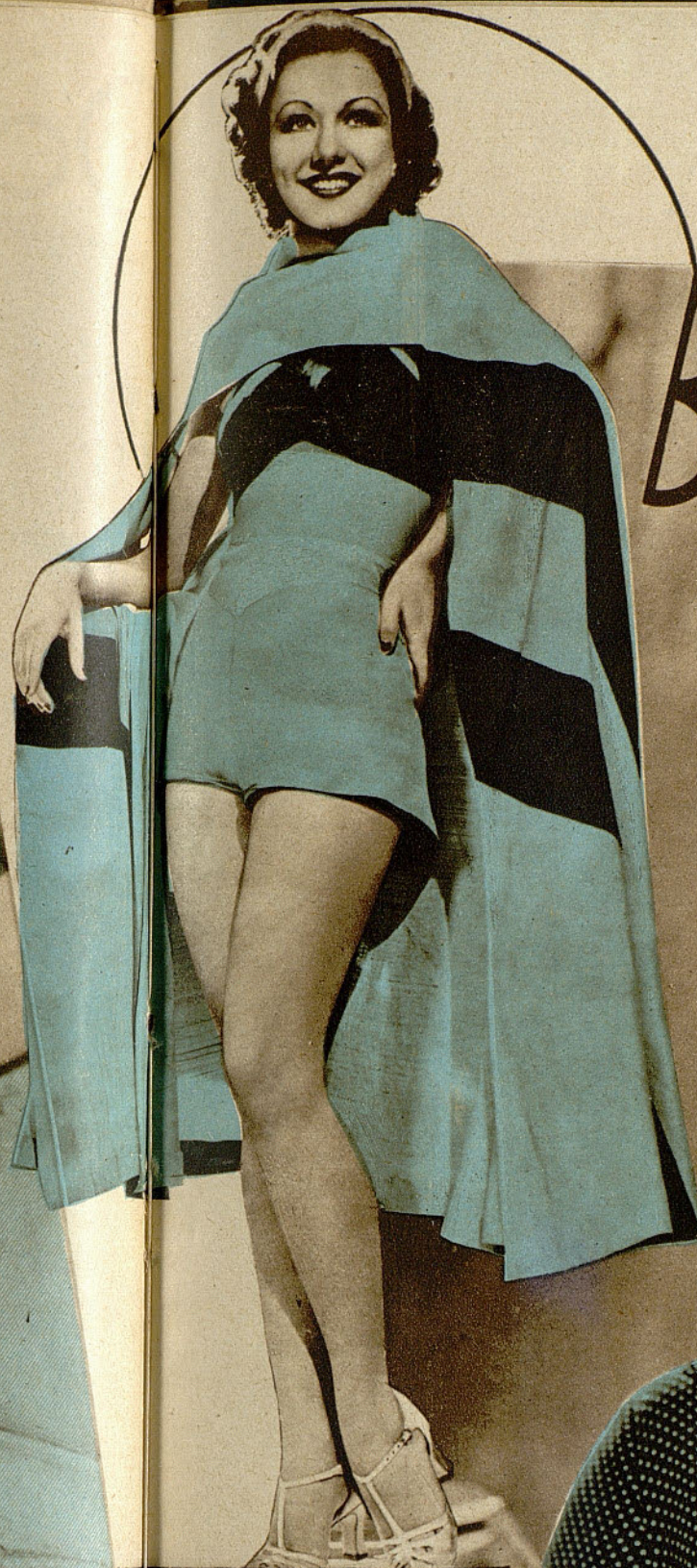


He aquí uno de los galanes de la pantalla que más rápidamente han conseguido abrirse paso entre los innumerables escollos que la popularidad supone. ¿El secreto de su rápida ascensión? Su personalidad, ante todo, y una cultura poco común entre los que aspiran a triunfar sin más bagaje que su figura y su vanidad.

(Foto Warner Bros.)



Tracy



Adornan esta página unas bellas imágenes de Grace Bradley, la joven luminaria de la Paramount. Si la belleza, el talento y simpatía son requisitos indispensables para que una actriz alcance la categoría de estrella, es evidente que Grace Bradley entra en ella con derecho propio, puesto que posee dichas cualidades en grado eminente. Pero es que, además, esta encantadora mujer no sólo ha logrado destacar en la pantalla. Su sensibilidad artística es tal, que le permite abarcar otras modalidades del arte que son regalo y embeleso del espíritu. Así, son célebres entre el público norteamericano sus creaciones dramáticas en el teatro; ha actuado en la radio como artista especializada; es una bailarina excelente, y por si todo ello fuera poco, ha dado con no menor éxito conciertos de piano. ¿Habrá, pues, que insistir sobre la legitimidad del triunfo de esta encantadora artista en el cinema?

Bradley

ANN DVORAK

LA MUJER QUE DICE
QUE LA VIDA ES MUY
CORTA PARA TODO LO
QUE SUEÑA REALIZAR
EN EL CORTO ESPACIO
DE QUE LA HUMANI-
DAD DISPONE

—NO es porque sea más sonoro o agradable que he cambiado mi apellido Dvorak en vez de Mac Kim, que era el de mi padre, sino porque Dvorak es el de mi madre, y como tributo a su arte prefiero llevar el de ella.—

Esta es la explicación que da Ann Dvorak por haber cambiado su apellido paterno por este con el cual es conocida. Luego nos dice que su apellido se pronuncia «Vor-zak», y de este modo resuelve la duda que muchos tienen acerca de cómo decir el nombre completo de la actriz.

Ann nació en el mes de agosto, cuando el verano expira y comienzan las primeras ráfagas del otoño. Algunas personas atribuyen a esta coincidencia las alternativas de su carácter, ya que la actriz a veces siente arder en sus venas anhelos de actividad y progreso, y otras quiere dejarse arrastrar por la indolencia y la indiferente actitud de los que nada esperan de la vida. La fecha exacta de su natalicio fué el día 12 de agosto de 1912, y le pusieron el nombre de Ann por ser el de su mamá.

Se educó en el convento de Santa Catalina, en Nueva York, que es su ciudad natal. Más tarde sus padres se domiciliaron en Los Angeles y asistió al Colegio Page, donde presentó varias de sus obras en las fiestas de finales de curso. Al mismo tiempo sentía gran afición a los deportes y ganó dos premios en concursos de tenis.

Su gran anhelo fué siempre escribir

versos para las canciones que una amiga suya componía y algunas de esas poesías líricas han sido muy celebradas.

Ahora está escribiendo una obra teatral y más adelante quiere publicar una novela que tiene escrita, pero la cual desea modificar en cierto modo antes de darla a la imprenta.

Claro está que también quiere continuar su carrera como estrella del cine y hacer muchas otras cosas, pero, según ella misma dice, la vida es demasiado corta para llevar a cabo todas sus aspiraciones.

Los padres de Ann son artistas teatrales, pero cuando llegó el momento en que su hija les dijo que ella deseaba



seguir la misma carrera, ambos se negaron a darle su consentimiento.

—Se sufren muchos desengaños, hijita— decía su mamá.

—Se corren muchos peligros— decía su papá.

Pero Ann seguía en su empeño, y su tenacidad anuló la resistencia de sus padres.

No queriendo aceptar recomendaciones de nadie, tuvo que hacer valer su personalidad y después de mucha lucha fué aceptada por la Metro-Goldwyn-Mayer para figurar en las comparsas como bailarina. Ann no sabía bailar, pero no habían pasado muchos meses cuando la encontramos convertida en maestra de sus compañeras y directora de los ensayos. Allí la conoció Joan Crawford, quien, admirando su actividad y la vocación que tenía para el baile, se interesó por ella y se la presentó a Howard Hughes, el millonario que produjo *Ángeles del infierno* y otras grandes películas para los Artistas Unidos. En aquellos días se hacían pruebas para designar la heroína de la obra *Caracortada*, y Ann fué la triunfadora entre todas las que se sometieron a dichas pruebas, asignándosele el papel de la protagonista.

Ann Dvorak no posee experiencia en las tablas, por tanto, prefiere trabajar en el cine. Su actor predilecto es James Cagney, al que considera el mejor actor que existe; pero también admira a John Barrymore. Sus estrellas favoritas son la Crawford y la Garbo.

Tiene un espléndido repertorio musical. Prefiere a Verdi y a Chopin entre todos los compositores clásicos, y George Gershwin es otro de sus favoritos.

Es una de las pocas estrellas de Hollywood a quien no le agrada jugar al bridge, pero, en cambio, pasa horas enteras deleitándose tocando el piano y es muy amante de la lectura.

Mucho se ha hablado de su afición al estudio de la biología, pues Ann dedica mucha parte de su tiempo a estudiar esta ciencia y su esposo le ha regalado un equipo completo para su laboratorio. Entre este equipo se cuentan microscopios variadísimos y todo lo necesario para adquirir los conocimientos que ella quiere tener antes de tomar un curso completo en la Universidad de California. Claro está que su esposo y sus amigas quieren disuadirla de hacer esto porque temen que no contará con tiempo suficiente para tan profundos estudios.

Ann desea informar a las señoras y señoritas que se interesan en conservar una buena figura, que ella lo único que hace para no aumentar de peso es nadar por lo menos una hora diaria, jugar al tenis cada vez que se presenta la ocasión de hacerlo y pasear a caballo cuando puede. Estos tres ejercicios son los mejores, con excepción de la esgrima, que ella considera más eficaz.

Además de su palacete de Hollywood, Ann Dvorak posee una hermosa casa campestre en el valle de San Fernando, donde hay crías de gallinas, huertos para el cultivo de los vegetales y cuanto se puede desear, además de dos cuadrantes hermosísimos plantados de las más raras y fragantes flores que se dan en California.

Lo que más le molesta son los chismes; por eso estuvo muy contrariada cuando leyó todo lo que se decía de que ella había nacido en la miseria, lo cual no es verdad. También se molestó visiblemente cuando se dijo que se había

teñido el pelo de rubio. Lo ocurrido fué que tuvo que llevar una peluca de ese color para aparecer en una película.

En relación con el problema eterno de si las estrellas de cine deben o no constituir hogares, Ann ha dicho:

—Yo no permitiré nunca que mis deberes domésticos interrumpen mi labor de actriz, pero creo que es indispensable, para tener paz de espíritu y completa dicha, poseer un hogar en que disfrutar algunas horas diarias de tranquilidad.—

Al día siguiente de haberse expresado de este modo con relación al matrimonio y a la importancia del hogar, saltó en un avión rumbo a Yuma, con Leslie Fenton, y se casaron. La fecha era 18 de marzo de 1932, y aún siguen unidos y gozando de una felicidad conyugal completamente a la moderna. En aquellos días acababan de actuar en la película *Los extraños amores de Mary Louvain*, en la cual ella era la protagonista y Fenton el villano.

La estatura de Ann es de cinco pies y cuatro pulgadas y media. Su peso es de ciento diez libras. Sus cabellos son castaños y sus ojos verdes.

Entre las películas en que ella ha figurado con gran éxito, recordamos *El pueblo ruje*, *Los extraños amores de Mary Louvain*, *A media voz*, *Massacre*, *Los caballeros nacen*, *La muerte de las nubes*, *Dulces melodías*, *Contra el imperio del crimen* y *El despertar del payaso*.

En la vida real, por su elegancia sencilla, por su cultura sólida y por sus atractivos, Ann Dvorak es una de las estrellas más populares de Hollywood, no solamente porque su belleza es motivo de encanto para sus admiradores, sino por la versatilidad de sus actuaciones, donde lo mismo canta, que baila, que interpreta papeles de honda fuerza dramática.

Ann no es partidaria del matrimonio a la moderna. No le agrada ver a otra mujer en los brazos de su marido ni siquiera cuando la etiqueta social indica que él baile con otra. Por su parte, ella observa las reglas más estrictas, no tiene ningún amigo, ni pasea con nadie, ni muestra interés más que por un solo hombre: Leslie Fenton, su marido.

(Fotos Warner Bros.)



Ann Dvorak y Joe E. Brown en «El despertar del payaso».





Wallace Beery.
(Fotos M.-M.-G.)

Wallace Beery.

siente gran cariño por los niños y las corbatas de colores chillones, siendo, además, dueño de una serie de fotografías referentes a las primeras películas que se impresionaron en el mundo y otras cómicas en las que aparece disfrazado de mujer

SE ha oído decir repetidas veces a Wallace Beery, que el cine no es sino su segundo amor en la vida. El primero lo constituye la aviación. Le gusta volar, más que hacer cualquier otra cosa.

Su interés por la mecánica data de hace muchos años, desde que era muchacho y trabajaba en el taller de reparaciones de una compañía ferroviaria. Con la edad aquella afición se ha agrandado de tal manera que hoy es dueño de un aeroplano que maneja sin ayuda de nadie.

También se sabe que guarda una curiosa colección de fotografías perteneciente a las primeras películas que se impresionaron en el mundo, y otras cómicas hechas por él, en las que está disfrazado de mujer.

Siente viva predilección por las corbatas de colores chillones y por los niños. Jackie Cooper, el pequeño astro infantil, es su mejor amigo.

Ultimamente tuvo que ensayarse a beber cerveza de un solo trago en un jarro de dos litros para su papel en la película «Carne». Anteriormente, para aparecer en «Grand Hotel», se vió precisado a fumarse más de cuarenta cigarros, siendo como es tan enemigo del tabaco.

A este gran actor, como buena persona, cierto día le ocurrió un hecho que por lo pintoresco merece contarse.

Una «extra» llevaba dos días sin comer. No había podido conseguir que le dieran trabajo en los estudios. Para lograrlo, fingió un suicidio, metiéndose bajo las ruedas de un auto que estaba parado a la puerta del hotel de Wallace Beery. Cuando vió que éste se disponía a ponerlo en marcha, comenzó a dar gritos de auxilio.

Como es natural, pronto llamó la atención de algunos curiosos que acudieron en su ayuda, preguntándole las causas que la habían movido a tomar aquella resolución.

—¿Está usted herida?

—¿Por qué ha hecho eso?

—¿Qué móvil la ha inducido a poner fin a su vida?

—¡Oh, es espantoso cuanto me sucede! —exclamó con voz velada y patética—. Quería matarme porque ese hombre se ha burlado de mí sin querer corresponder a mi amor.—

Lo decía por el buenazo de Wallace, que se quedó de piedra. Tuvo que soportar la mar de cosas hasta que una vez en presencia del juez se pudo comprobar que lo que había hecho aquella mujer no era sino una hábil estratagema para poder adquirir popularidad.

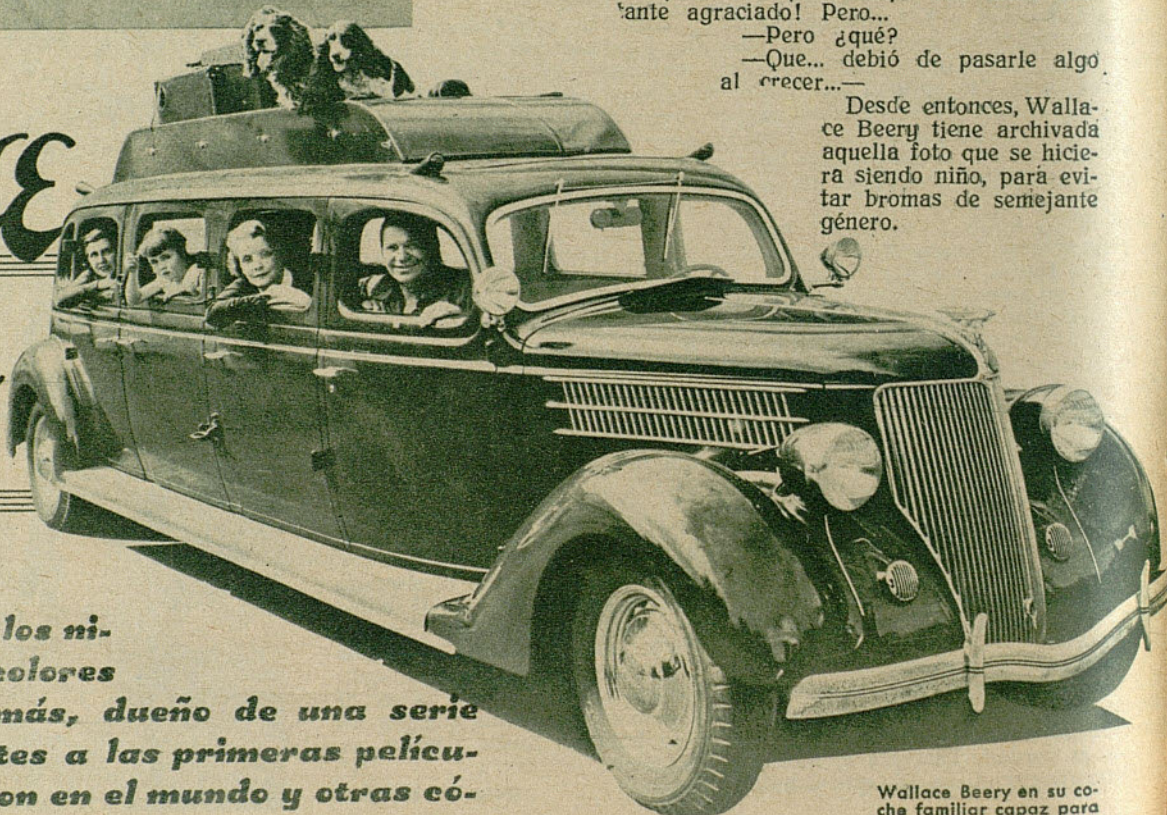
En otra ocasión, Wallace Beery mostró a Lionel Barrymore una foto que le hicieron cuando apenas contaba ocho años. Lionel observó el retrato y no sin esbozar una sonrisita maliciosa, exclamó:

—¡Oh, en aquel tiempo era usted bastante agradado! Pero...

—Pero ¿qué?

—Que... debió de pasarle algo al crecer...

Desde entonces, Wallace Beery tiene archivada aquella foto que se hiciera siendo niño, para evitar bromas de semejante género.



Wallace Beery en su coche familiar capaz para once pasajeros, en el que viaja con sus deudos.

EL EPISODIO MAS DOLOROSO DE SU VIDA



AUNQUE la mayoría de las actrices tienen que luchar año tras año para alcanzar su primer éxito en la pantalla, esta muchacha que es la más joven y la más rubia de las Bennetts, logró alcanzar el estrellato con sólo filmar su primera película, «El capitán Drummond», al lado de Ronald Colman.

Nació el 27 de febrero de 1910 en Palisades (Nueva Jersey) y a los 16 años contraía matrimonio en Londres con John Marion Fox, millonario de Washington. En 1928 dió a luz una niña en Los Angeles y se divorció del millonario para volver a casarse con el comediógrafo Gene Markey el 16 de marzo de 1932.

El episodio más doloroso de su vida y que ella recuerda con frecuencia, es aquel que tuvo efecto a raíz de su segunda boda, mientras daba un paseo a caballo.

El animal que montaba, se encabritó sin saber por qué y la lanzó contra el suelo, haciendo que se rompiera una costilla. A veces monologa consigo misma y evoca aquel desgraciado accidente que pudo costarle la vida.

—Me gustaría ir de campo con mi hijita Adrienne. Jugáramos y reiríamos como siempre lo hacemos. Seguir, seguir siempre adelante, sin importarnos lo que pase. No temer a la vida. Yo aprendí eso durante los meses que estuve tumbada boca arriba, dentro de un molde de yeso... ¡Oh, eso ha sido lo más doloroso de mi vida!...

(Foto Paramount.)

JOAN BENNETT



A Dave Gould, director de bailes de la Metro, le han dado dos patros por desbravar: Buddy Ebsen y Sid Silvers. (Foto Metro.)



Joe Cook, de la Paramount, en una difícilísima imitación del escarabajo. El juego le salió mal y se vió cara arriba. (Foto Paramount.)



James Stewart estaba castigado a comer solo. Pero para calmo de males, Eleanor Powell estaba castigada a no comer. «¿Me quiere dejar probar el bistec?», ha dicho Eleanor. «Con mucho gusto», responde Stewart con una cara de veinte mil diablos. «El gusto es mío», contesta la picaresca Eleanor. (Foto Metro.)



Anya Taranda no quiere llamarse Anya ni Taranda. Y para cambiar de nombre consulta al «numerólogo» Albert Richmond para que le escoja un nombre bonito por medio de las cuatro reglas. Consecuencia: que en Hollywood todas las profesiones raras tienen acomodo. Si en España quisiéramos instalar una modestísima tienda de «numerología», nos moriríamos de hambre, a pesar de los prosaicos Pérez que vemos por esas pantallas. (Foto Artistas Unidos.)



Stuart Erwin se queda perplejo al observar que él mismo se abre la portezuela del auto, al propio tiempo que Stuart Erwin se queda mirando al que baja y exclama: «Caray. ¿Soy yo, o soy el otro?». (Foto Metro.)

Filmoteca de Catalunya

DICCIONARIO CINEMATOGRAFICO

SONORO. — Ya lo dice el vocablo: lo que suena.
 TRAIADOR. — Un señor español, francés o mejicano que sale en las películas americanas.
 U. — Universal... Ulargui...
 VEDETTE. — Una estrella

MUERETE Y VERAS

En Hollywood también se muere la gente. En una reunión de esas constelares, en que figuraban conocidas estrellas y astros de primera magnitud, se habla de los epitafios que deberían ponerse en las tumbas de algunos compañeros ausentes, de acuerdo con el ca-

¡PELIGRO! ¡PELIGRO!

En un cine de Chicago ha ocurrido un hecho sin precedentes. Dos espectadores se estaban besando. (Hasta aquí la cosa no tendría nada de particular; lo bueno viene ahora.) El director de la sala expulsó a los torto-



Jim, el peluquero del estudio de la Metro, es un hombre que ha tomado el pelo a los más renombrados ases del estudio. Ahora hace sus confidencias a Clark Gable, y le dice con innegable melancolía: «¿He cortado las cabezas más célebres de Hollywood?». (Foto Metro.)

los, ante las burlas de los espectadores, y aquéllos presentaron una denuncia en toda regla. —Nosotros somos recién casados y estoy seguro que no hay ninguna ley en toda América prohibiendo que dos casados se besen en el cine. —El juez admitió la demanda y falló contra el director, condenándole a pagar una indemnización de mil doscientos cincuenta dólares. Lo dramático del caso es que en el cine en cuestión ha caído una verdadera plaga de novios y el director no se atreve a prohibir sus expansiones... por si las moscas.

EL REPORTER INDISCRETO

Esta es de Nancy Carroll. En una entrevista con un chico de la prensa, éste le pregunta: —¿De qué quisiera usted morir, señorita Carroll? —Ella, sin pensarlo mucho: —Me gustaría morir de noventa años..., a manos de un marido celoso que me atravesara el corazón de un certero balazo. —



June Knight ha lanzado un original sombrero modernista hecho de película. De extenderse la moda, no hará falta ir al cine a ver películas: las veremos en la calle y en todas partes. (Foto Metro.)

FOTOGRAMAS

¿Nos apuntamos un éxito? Allí va. En un fotograma del pasado número, anunciábamos el divorcio del matrimonio cinematográfico Stan Laurel y Oliver Hardy.

Ahora las agencias de prensa transmiten la noticia desde Hollywood con fecha 5 del corriente.

Lo cual quiere decir que hemos batido un record de velocidad, y aquí nos tiene usted tan campantes.

¡Ahora resulta que Johny Weissmuller fué expulsado de una sociedad de nudistas por no querer practicar el desnudo integral!

FUERA DE PROGRAMA

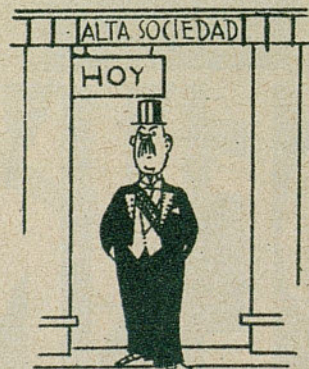
refulgente de esas que lucen mucho las piernas.
 X. — La Mujer Idem.
 IDIOTA. — Vocablo que en el cine tiene infinidad de aplicaciones.
 ZAMORA (Pérez). — El dinámico jefe de publicidad de la Paramount.

rácter, virtudes o defectos que gozan en vida. Le toca el turno a una conocida estrella que brilla por su desmedida afición a casarse y divorciarse. Bill Rogers exclama, agudo y contundente: —Ese es fácil. Debajo del nombre, yo le pondría, simplemente: «Por fin, duermeme sola.»

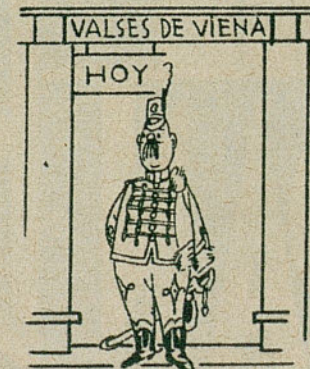
DISFRAZ OBLIGATORIO



Antes lucía yo un magnífico uniforme de portero...



...pero...



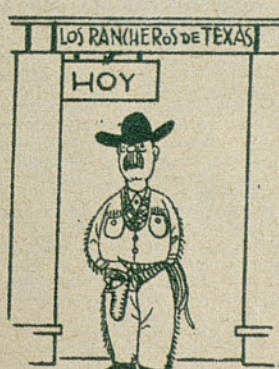
...ahora...



...la nueva empresa...



...exige...



...un traje...



...apto...



Y después de todo, ¿por qué no?

—¿Para qué?
—Usted ha de venir a Nueva York con nosotros. Hay una infinidad de asuntos importantes que requieren su presencia.
—Yo, francamente, estoy muy nervioso. Como nunca he salido de Mandrake Falls... De pronto, una sonrisa iluminó su cara y añadió:
—Sin embargo, con las ganas que tenía de ver la tumba de Grant...

II.—COMO SE PESCA UN PEZ GORDO

El director de «El Noticiero» estaba furioso. Las noticias sobre el nuevo millonario se le escapaban de las manos. Sus reporteros eran unos ineptos. Allí estaban todos, en su despacho, recibiendo impasiblemente el chaparrón de sus insultos.

—Os he repetido una y mil veces que es algo sensacional. Cuando un idiota de esta índole, criado entre berzos, puercos y gallinas, hereda una fortuna de tal importancia, todo lo que se refiera a su persona es algo que el público devora impacientemente. Es necesario saber cuáles son sus ideas; si se casará; qué opina de Nueva York; si es inteligente o tonto. Hace tres días que se encuentra en Nueva York y vosotros, estúpidos, más que estúpidos, no habéis sido capaces de sacarle ni una sola noticia. Os voy a mandar a todos a paseo. ¡Largo de aquí! ¡Fuera!

Los reporteros no se hicieron repetir la orden. Sólo quedó en el despacho Babe Bennett, encantadora mujer, rubia, esbelta, bonita.

—Tú también, Babe, te has vuelto tan tonta como los otros. Ya no eres la misma de antes. Tampoco has conseguido tú nada que valga la pena.

Babe, sin inmutarse, continuó arreglándose la cara. El director prosiguió con un tono más suave:

—Si consigues alguna información sobre este chico, te prometo subirte el sueldo y un mes de vacaciones con doble paga.

La muchacha se quedó pensativa unos minutos y luego, mirando a Mac de hito en hito, repuso:

—Ya puede reservarme la primera plana del periódico para mañana. Voy a demostrar quién es Babe Bennett cuando hay que conseguir informaciones sensacionales.

En tanto, Longfellow, en la suntuosa mansión de su tío, adquiría el triste convencimiento de que la vida de un millonario no era un paraíso. No le dejaban en paz ni un minuto, como si el mundo entero hubiese decidido que Longfellow Deeds se había convertido en el centro de la atracción universal.

Cobb, hombre previsor, había tomado sus medidas y ahora el sastrer se las tomaba a Longfellow con objeto de convertir su desgarrado cuerpo en un auténtico figurín, en tanto que Cedro seguía insistiendo en que concediese plenos poderes a la firma «Cedro, Cedro, Cedro y Buddington» para que se encargase de la dirección de sus asuntos administrativos.

Cierta especie de venado de la peor ralea, que se decía abogado de una presunta viuda del difunto Semple, fué a amenizarle la sesión con objeto de proponerle una transacción honrosa, a base de la cual la viuda se conformaría solamente con un millón de dólares.

Longfellow estaba verdaderamente desconcertado. A lo del sastrer, Cedro y el venado, había que agregar la reunión de los señores del patronato de la Opera, del cual su tío había sido secretario, que desde hacía más de una hora le estaban aguardando en el salón.

Fué a esta reunión donde ocurrieron cosas más desconcertantes todavía, pues los caballeros de la Opera trataron de persuadirle de que el déficit de ciento mil dólares tenía que pagarlo él.

—Nuestras funciones de ópera —explicó uno de ellos— no son para obtener beneficios.

—¿Por qué no? —preguntó Deeds ingenuamente.

—¿Qué pregunta! —replicó el otro sin inmutarse—. La ópera es algo tan elevado, tan artístico, tan espiritual...

—¿No tenemos un teatro? ¿No damos en él funciones? ¿No se venden localidades?

—Naturalmente.

—Entonces, ¿por qué en vez de obtenerse beneficios se obtienen pérdidas? Ello prueba que las obras que representan no atraen al público.

Los caballeros del patronato quisieron llevar la cuestión a otro terreno más categórico.

—Tenemos la certeza de que usted pagará esa suma. Hemos de informarle que su tío siempre había considerado un privilegio el pago de nuestros déficits.

Longfellow meditó la respuesta y con los ojos semientornados replicó:

—Si yo tengo un negocio que no me reporta ganancia alguna, que sólo me produce pérdidas, lo justo, lo lógico, será que yo cierre mi establecimiento. No comprendo por qué tal principio no puede aplicarse a este asunto. Ahora tendrán que perdonarme, me veo obligado a dejarles. Muy buenas tardes, señores.

Cobb, que había asistido a esta escena en calidad de mirón, guiñó un ojo picarescamente, y antes de marchar acompañando a Deeds, dijo

El SECRETO de VIVIR

(Película Columbia)

Principales intérpretes: GARY COOPER y JEAN ARTHUR

I.—NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

Martín V. Semple acaba de fallecer. Las prensas de los rotativos crujen al dar la noticia de su muerte. Ha dejado veinte millones de dólares, pero no tuvo la precaución de dejar ningún heredero.

«Cedro, Cedro, Cedro y Buddington», administradores de sus bienes, necesitan un heredero en buen uso. «Se busca al heredero con un candil», y, por fin, se le encuentra en Mandrake Falls, el último rincón del mundo.

Un día se presentan en el pueblo Arthur Cedro, Anderson, empleado suyo, y Cornelio Cobb, periodista que dejó la profesión para pasar a ser una especie de secretario del difunto Martín V. Semple.

Los tres personajes que iban en busca del heredero llegaron a casa de éste, conducidos por el amable jefe de la estación, y preguntaron a la mujer que salió a abrirles:

—¿Está en casa el señor Deeds?

—Está en el parque haciendo los últimos preparativos para la tómbola a beneficio de los bomberos. Pero pasen; no tardará en llegar.

Pasaron. Era una casa modesta y sin pretensiones. Mientras esperaban, a los dos minutos, ya sabían que la dama no era una dama, sino su ama de llaves, que Longfellow Deeds era soltero y muchas cosas más.

—¿No podría decirnos en qué se ocupa el muchacho? —preguntó Cedro.

—Tiene una fábrica de velas con su amigo Juan Mason, pero con lo que gana más dinero es haciendo poesías.

Los tres personajes se sorprendieron. ¿Era posible que alguien ganase dinero con poesías? ¿Quería decir que hay gentes que pagan dinero por las poesías?

—Longfellow —explicó el ama de llaves— escribe preciosos versos para las postales, con lo que ha ganado cierta fama.

El perro gruñó y el ama de llaves avisó que Deeds llegaba. En efecto: segundos después se abrió la puerta y apareció un hombre altísimo y delgado, de aspecto taciturno y flemático. No se sorprendió al ver a los tres desconocidos, ni

cuando Cedro se le puso delante y le preguntó:

—¿Es usted Longfellow Deeds?

El joven contestó afirmativamente y Cedro, después de darse a conocer, presentó a sus acompañantes.

Longfellow les invitó a sentarse y él, a su vez, lo hizo, colocándose sobre las piernas un gran trombón, al que le colocó una boquilla nueva que se sacó del bolsillo.

—Los chiquillos tienen la mala costumbre de quitarme todas las boquillas —explicó a sus visitantes, que le miraban consternados.

El joven hizo sonar estruendosamente el aparato de sonido, en tanto que Cedro le preguntaba:

—El nombre de Martín V. Semple, ¿tiene algún significado para usted?

Longfellow soplo dos o tres veces antes de contestar. Después repuso:

—Era hermano de mi madre, pero yo no he tenido el gusto de conocerle.

Cedro puso una cara compungida y dijo:

—Lo siento, pero me veo obligado a darle una desagradable noticia. Su tío falleció en un accidente automovilístico en Italia.

A esta noticia, Longfellow opuso una cortés actitud de sentimiento.

—Al morir su tío, ha dejado una enorme fortuna, de la cual es usted el único heredero. Dicha fortuna, una vez cumplidos los requisitos legales, será de unos veinte millones de dólares.

Longfellow miró a Cedro y sus acompañantes sin denotar la menor emoción. Hizo más: con todo cuidado soplo el instrumento.

—Quizás no me ha entendido usted bien, señor Deeds —insinuó Cedro—. Toda la fortuna de los Semple, los veinte millones de dólares, ¿me ha comprendido?, los veinte millones de dólares, son suyos.

Longfellow dejó de soplar y respondió tranquilamente:

—Sí, sí, ya comprendo... Veinte millones son un buen puñado. Realmente, no es una bicoca.

Pasado este primer momento de estupor (el estupor fué por parte de los visitantes, naturalmente), Cedro ordenó:

—Ahora tendrá que apresurarse a preparar su equipaje.

a los consternados caballeros del patronato: —El agua de azahar está en el botiquín, señores.

Con procedimientos más expeditos, esto es: cogiéndole por la solapa y arrojándole fuera de casa, zanjó el asunto con el venado de la viuda de Semple y despachó a Cedro de mal talante, después de haberle pedido que preparase los libros para su revisión.

Cobb llegó a una conclusión definitiva: el zanjilargo campesino era un tipo de cuidado.

III. — BABE TIENDE LAS REDES

El que un hombre sea aficionado a mojarse la cabeza cuando llueve o meter los pies en los charcos, parece que no tiene nada de particular, pero ya se verá más adelante que la cosa tiene una importancia capital.

Longfellow Deeds, aquella noche, decidió salir para ir a cenar en un tranquilo restaurante y luego dar un paseo por la ciudad. Llovía y se mojó la cabeza con infantil satisfacción. Luego se echó a la calle y en la acera vió a una muchacha que frente a su verja vacilaba como tambaleándose, y corrió a sostenerla.

—No ha sido nada. Gracias; ya pasó —balbució la joven, que era bellísima y parecía muy desgraciada, apoyándose en las brazos de Longfellow—. Hoy anduve mucho. Estuve todo el día buscando empleo, pero ya lo encontré.

Trató nuevamente de continuar su camino, pero cayó en la acera cuan larga era. Longfellow la levantó, recogió sus cosas, la miró unos instantes a los ojos con una compasiva mirada de piedad, y, sonriendo, dijo:

—Señorita, vamos a jugar a que usted es una princesa encantada que yo he rescatado. Y como la he rescatado, nos vamos a cenar juntos.

Ella aceptó. Ella era Babe Bennett. Es muy simpática Babe, y muy lista, pero hemos de censurarle esta primera simulación para «hacerse» con Deeds. Ella misma eligió el sitio: el restaurante «Tulio», uno de los más famosos de Nueva York, si no por el lujo, porque concurrían las más destacadas celebridades neoyorquinas: escritores, artistas, dibujantes...

La cena fué deliciosa. Longfellow era un exquisito comensal. Babe estaba cada vez más desconcertada; no sabía aún cómo clasificarle. No se parecía en nada a la clase de hombres que estaba acostumbrada a tratar. El campesino rústico tenía delicadezas de caballero, en medio de su ingenua rusticidad.

—¿Se encuentra mejor, señorita?

—Sí; ya me encuentro perfectamente bien. No sé cómo agradecerle su gentileza.

—¿Gentileza? Creo que es una cosa natural.

Babe recordó que era reporter. Y que tenía unas vacaciones en perspectiva. Y que ante ella había un hombre cuyo aspecto ridículo tenía que hacer resaltar.

—Dígame, señor Deeds, ¿se ha divertido mucho desde que está en Nueva York?

—Nada en absoluto. El primer rato agradable desde que he llegado lo estoy pasando ahora en su compañía.

Longfellow quiso conocer algunas de las personalidades que se hallaban en el restaurante y fué presentado a unos caballeros, todos ellos celebridades, que engullían y bebían como patanes alrededor de una mesa. Sólo después de pasado un buen rato, se dió cuenta de que estaban burlándose muy donosamente de todo cuanto decía.

—Me parece que voy comprendiendo —dijo muy fríamente—. Me invitaron para burlarse de mí. Es posible que a ustedes les haga reír el tratar con una persona de buena fe. Si ustedes fuesen a nuestro pueblo, nosotros no nos reiríamos al verles tan mezquinos, tan poco hombres.

Se levantó, desafiándoles con una mirada de desprecio.

—Si no fuera por esta señorita, les hinchaba las narices a todos ustedes.

—Por mí, puede hacerlo —aseveró Babe con entusiasmo.

Lo hizo. Fué como una tromba, y antes de lo que cuenta contarlo tumbó tres o cuatro. Entonces Deeds se volvió hacia Babe y con su sonrisa de niño, dijo:

—Ahora ya estoy satisfecho y podemos marcharnos donde usted quiera.

Pero Morrow, el poeta, que bajo su extravagancia, su borrachera y su cinismo era una buena persona, le cerró el paso ofreciéndole su quijada: —Se ha olvidado de mí. Pégueme a mí también.

—Ya no tengo ganas —dijo Deeds.

—Es usted sencillamente único —dijo Morrow, tambaleándose como un polichinela—. Desde este momento, va a ser mi invitado. Ahora mismo se viene conmigo y verá cómo nos divertimos.

No hubo manera de evitar su compañía. Hasta este momento preciso, Deeds recordó aun los más nimios detalles de la aventura. Pero el resto se fundía en su memoria como envuelto en una nube. Al día siguiente no recordaba nada. Cuando su criado, después de muchos esfuerzos, logró despertarle, sólo recordó una cosa: que tenía que telefonar a la señorita Dawson, que era el nombre con que Babe se había presentado al millonario.

—Déme mis pantalones —pidió Longfellow.

—Recordará el señor que anoche vino a casa en calzoncillos —respondió el criado.

—Vamos, Walter, no diga tonterías. Usted sabe que no es posible ir en calzoncillos por la calle.

—Sí, señor. Eso fué justamente lo que dijeron los dos policías que esta mañana le condujeron a casa. Me comunicaron que usted y otro señor estaban en la calle, en calzoncillos, dando rosquillas a un caballo para ver cuántas podía comerse antes de pedir un tazón de leche.

Longfellow se quedó pensativo unos instantes y luego dijo:

—Escuche, Walter: si un señor llamado Morrow me llama, dígame que no estoy en casa. Será un gran poeta, pero está chiflado. En cambio, si telefonea la señorita Dawson, avíseme en seguida.

IV. — EN NUEVA YORK YA LE SEÑALAN CON EL DEDO

«El Noticiero» de aquella mañana publicaba con grandes titulares la siguiente noticia:

«HAZAÑAS DE UN PATÁN MILLONARIO»

A varias personalidades literarias que cenaban en el Tulio, les propina una paliza y luego se dedica a dar rosquillas a los caballos.

El patán millonario, poeta y aldeano, enseña a los habitantes de nuestra gran ciudad cómo ha de atacarse a los escritores.

Y a continuación se publicaba un extenso reportaje, en el cual se explicaban todas las andanzas y aventuras de aquella noche, excepto lo ocurrido con Babe.

Cobb se puso furioso al leer las noticias y fué a ver a Longfellow hecho una furia:

—¿Se puede saber si se ha vuelto repentinamente loco? ¿A quién se le ocurre dar pasto a los reporteros para que le pongan en ridículo?

Longfellow se puso hecho un basilisco, y dijo que estaba dispuesto a matar a todos los periodistas de Nueva York. A costa de grandes esfuerzos, Cobb logró calmarle.

—No haga usted más burradas y procure tener la boca cerrada. No hable con nadie, no acepte compañías desconocidas. Esos reporteros quieren hacerle hablar para luego desfigurar sus palabras y escribir divertidísimas informaciones a costa de usted.

—Tiene razón. Le prometo no hablar con nadie —asintió Longfellow.

Pero en este momento, Walter interrumpió la conversación para anunciar que la señorita Dawson aguardaba en el teléfono.

—Muy bien —dijo Longfellow—. Hablaré con ella y saldré con ella, que es la única persona de quien puedo fiarme y con quien iré de paseo de ahora en adelante.

En efecto: desde aquel día, Longfellow no salió con otra persona. Ella le acompañaba a todas partes; le llevó al Acuario, le mostró la tumba de Grant, le enseñó la ciudad desde las cúpulas de los rascacielos, y en todas partes iba seguida de los reporteros, cuyas fotografías salían al día siguiente en el periódico, ilustrando los artículos en que se hinchaban las ridículas cosas que hacía el patán millonario, el cual quedó bautizado y se hizo popular con el mote de «Ceniciento».

Babe estaba arrepentida de la sangrienta burla de que hacía objeto al chico. Andaba preocupada. No quería seguir ni un momento más aquella comedia. Se lo dijo claramente a su compañera una noche en que no le esperaba porque Longfellow daba una recepción en su casa. Su amiga le contestó que no le hiciera caso al muchacho, que estaba loco.

También yo pensaba que estaba loco, pero si vieses con qué sinceridad me habla. Es todo un hombre, Mabel, y lo que yo estoy haciendo con él, no tiene disculpa. Por eso me voy de Nueva York.

—Te estás portando como una criatura; no es ninguna solución que tú te marches fuera.

Llamaron a la puerta. Era Longfellow; le dijo que había echado de casa a sus invitados con objeto de poder ir a verla.

Se fueron al parque, donde estuvieron paseando un rato, y allí Longfellow le dijo:

—Voy a regresar al pueblo. Antes pensaba que con mi dinero podía hacerme algo bueno, pero la gente se burla de mí y estoy descontento. Mary, yo pensaba... Me gustaría que... quisieras venir a Mandrake Falls.

Babe no contestó y prosiguieron el paseo hasta llegar a casa de ella. Al despedirse, cuando Babe ya estaba a punto de entrar, Longfellow le dijo:

—Mary... ¿Recuerdas que te dije que escribía unos versos para ti? Ya los he terminado. ¿Querás leerlos?

—Sí, claro, ¿por qué no?

Longfellow desdobló cuidadosamente un papel que llevaba en el bolsillo y se lo dió. Ella leyó a la luz del farol los siguientes versos:

—Solo y enfermo,
coronada de espinas la cabeza,

atravesaba de la vida el yermo,
apurando mi cáliz de tristeza.

Pero, de pronto, en mi profundo duelo,
vi dos ojos cargados de ternura.
¡Astros que Dios arrancó del cielo
para adorno de mi noche oscura!

Desde entonces hay júbilo en mi frente
y mi pobre alma, loca de alegría,
a tus plantas te ruega humildemente:
¡por favor, Mary, por favor, sé mía!

A medida que leía, las lágrimas bañaban sus mejillas, y cuando terminó, prorrumpió en sollozos y rodeó con sus brazos el cuello de Longfellow, besándole apasionadamente.

—No me digas nada, Mary; ahora no —exclamó Longfellow, que por nada del mundo hubiera querido romper la emoción de aquel momento.

Y echó a correr como un loco por la oscura calleja, tropezando con todos los cubos de basura de la vecindad.

V. — CAMBIO DE RUMBO

Al día siguiente, a primera hora, Longfellow invitó a Mary a merendar en su casa. Encargó al mayordomo que dispusiese una merienda digna de ella. Se acercaba la hora; Longfellow se preparaba para recibir a su amiga, cuando inopinadamente se presentó Cobb mostrándole una fotografía de Babe.

—¿Conque ésta es su novia? ¿Sabe quién es la mozueta ésa? Babe Bennett, la muchacha más inteligente de Nueva York. Se ha aprovechado de su debilidad para reírse de usted.

Longfellow miraba la foto sin decir nada, al propio tiempo que su rostro denotaba tan profunda tristeza, que Cobb se arrepintió de lo que había hecho. Walter y Cobb le miraban en silencio, mientras su cara denotaba la más patética desilusión. Sonrió tristemente al ver el afectuoso interés con que les miraban los otros, y luego dijo:

—Prepara mi equipaje, Walter. Voy a regresar al pueblo.

La cara de Cobb se suavizó de afable simpatía cuando le dijo:

—Si hubiese sabido que iba a causarle un disgusto tan grande, no le hubiera dicho nada. Créame que siento haberle causado una decepción tan honda.

Para cerciorarse, Longfellow telefoneó al periódico y preguntó por Babe. Ella se puso al teléfono inmediatamente.

—Soy yo, Longfellow... —dijo Deeds—. ¿Es verdad que es usted la autora de esos artículos?

Babe, que acababa de presentar la dimisión, avergonzada de las consecuencias que le habían traído sus informaciones, trató de explicarle:

—Estaba disponiéndome para ir a su casa. Si, yo los escribí; luego le explicaré por qué lo hice...

Pero Longfellow colgó el auricular y las últimas palabras de Babe se perdieron en el vacío. Poco después, Longfellow bajaba la escalera cuando oyó en el vestibulo gran ruido de voces y casi al mismo tiempo un hombre astrosamente vestido se precipitaba en el hall.





—¡Déjenme! —exclamaba, tratando de desasirse de los criados—. ¡Quiero ver a ese hombre! ¡Quiero decirle si no le da vergüenza gastarse miles de dólares en extravagancias cuando millares de pobres se mueren de hambre!—

Longfellow había acabado de descender lentamente la gran escalera del hall y se quedó parado en medio de la sala. El desconocido avanzó hasta cerca de él y se lo quedó mirando despectivamente:

—¿Sabe usted a cuántas familias podía haber sacado de la miseria con el dinero que está pagando para que los periódicos le hagan publicidad? ¿Se ha dedicado alguna vez a dar rosquillas con leche a los chiquillos hambrientos en lugar de dárlos a los caballos?—

Cobb trató de acallar al intruso, pero Longfellow le contruyó con una orden imperiosa. El desconocido avanzó un paso y se sacó una pistola del bolsillo de la americana.

—¡Ahora si que va a conseguir una enorme publicidad, señor Deeds! Va usted a salir en las primeras planas de todos los periódicos, pero esta publicidad no creo que vaya a gustarle mucho. Nunca pensó en ayudarnos a los pobres; mientras derrochaba, nunca pensó en que hay gente que está pasando hambre, que sufre miseria, que no puede dar de comer a sus mujeres ni a sus hijos...—

La voz se le quebró en un sollozo y el pobre hombre habría perdido el equilibrio si no se hubiese apoyado en una butaca. La pistola le resbaló de las manos y se dejó caer sollozando, tapándose la cara con las manos, mientras gemía:

—¡Oh! ¿Qué iba a hacer?—

Nadie habló. Todos guardaban un compasivo silencio, en tanto que Longfellow, inmóvil, en medio del vestíbulo, contemplaba con infinita lástima al desgraciado.

—Perdone, señor —suplicó éste—. No sabía lo que hacía. Estoy desesperado. He perdido mi granja después de veinte años de trabajar en ella y me vuelve loco el ver a mis hijos hambrientos y tener que ir a los refugios de pobres en busca de una comida infecta...—

Longfellow, minutos después, estaba ante la mesa puesta para la merienda de Mary. Ante él, el desaharrado engullía las ricas viandas hasta aplacar su hambre de muchos días.

Deeds no regresó al pueblo, porque, a partir de aquel momento, interesantes preocupaciones le retuvieron en Nueva York.

VI. — LONGFELLOW QUIERE TIRAR LA CASA POR LA VENTANA

La noticia cayó como una bomba. Los periódicos pusieron el grito en el cielo. En el mundo de las finanzas se armó un gran pánico. Los sin trabajo no cabían en sí de gozo. Parecía que iba a venir el desquiciamiento del mundo, y no era más que a Longfellow se le había ocurrido repartir su dinero entre los pobres.

Poseía grandes extensiones de terreno y compró muchas más, con objeto de parcelarlas en granjas de ocho hectáreas, perfectamente equipadas, para que las explotasen por su cuenta los obreros.

Miles de parados fueron a casa de Longfellow a solicitar su ayuda. El suntuoso salón había

sido transformado en una oficina donde una cuadrilla de empleados trabajaban noche y día. Ni él ni Cobb se habían permitido más descanso que unas horas cada noche. A los pocos días, se presentaron tres hombres y uno de ellos dijo que tenían una orden de detención contra él por desequilibrio mental.

—Y quién dice que Longfellow está loco?— preguntó Cobb.

—Un pariente de Martin V. Semple es quien afirma la incapacidad mental de Longfellow Deeds.

—¿De modo que porque pretendo ayudar a los pobres estoy loco?— dijo Longfellow, sin poder contener la risa.

—Espere un poco —dijo Cobb al que parecía el jefe de los recién llegados—. Llamaremos a Cedro, el abogado.

—No se moleste, amigo —repuso uno de los policías—. El señor Cedro es el que ha presentado la denuncia en nombre del reclamante.

Longfellow fué llevado al hospital para someterlo a la observación de los doctores. Con astucia, Cedro, despedido de que Longfellow le hubiese retirado la confianza como administrador de los bienes del difunto Semple, había urdido aquella red legal que amenazaba envolver al joven campesino.

Este, por su parte, se puso en peor situación al negarse a hablar y defenderse de los cargos que se le imputaban. La vista de este interesante juicio prometía ser sensacional. Los periódicos estaban al rojo vivo. El público se apasionaba por momentos y aunque fué habilitada la sala más espaciosa de la audiencia, fué incapaz para contener tanta gente.

Cuando Cedro hubo terminado su actuación, francamente mala para Longfellow, se invitó a éste a que se defendiera, pero todo fué inútil, pues se había propuesto no pronunciar ni una sola palabra en defensa suya. ¿Para qué? ¡No valía la pena!

El primer testigo fué Babe Bennett, a la que Longfellow ni siquiera se dignó mirar.

En cuanto se sentó en el sillón, Babe, dirigiéndose al presidente, exclamó:

—Señor juez, este proceso es un absurdo. Este hombre no está loco. ¡Está tan cuerdo como usted y como yo!—

El juez la reprendió severamente, diciéndole que se limitase a contestar a las preguntas que se le hicieran, y sometida a un hábil interrogatorio por parte de Cedro, hubo de reconocer su profesión de periodista, y declararse autora de los reportajes de Longfellow, en los que se basaba la acusación de locura del denunciado.

Después ocuparon el sillón de testigos las dos hermanas Jane y Amy Falkner, dos solteronas del pueblo que conocían a Longfellow desde que era pequeño.

—¿En qué opinión se tiene a Deeds en el pueblo?— preguntó Cedro.

—Todos estamos de acuerdo en que está «virituta» —respondió Jane con aplomo.

Durante unos momentos, juez y magistrados cambiaron impresiones sobre el significado de la palabra «virituta». Uno de los magistrados aclaró que «virituta» era un derivado de «leño», con cuyo vocablo, en los pueblos, se designa a la persona que tiene la cabeza dura, de lo que se deducía que «estar virituta» era equivalente a estar «tocado del ala», «chalado», etc.

Cedro había preparado las cosas bien. Hizo comparecer al mayordomo de Longfellow, que atestiguó que siempre tocaba el trombón, el camarero que presencié la pelea en el restaurante Tulio, el cochero a cuyo caballo le dieron rosquillas y el policía que encontró a Longfellow y Morrow en calzoncillos.

Después del desfile de testigos de la parte contraria, el juez volvió a instar a Longfellow a que se defendiese, pero éste continuó callado.

Se interrumpió el proceso unos instantes, tiempo que aprovechó Cobb para decir a Longfellow que Cedro había propuesto retirar la acusación, siempre que él se aviniese a repartirse la fortuna con los otros herederos.

El proceso iba a continuar, cuando Babe, respondiendo a un impulso insuperable, se acercó a Longfellow y le dijo:

—Ya sé que te he hecho mucho daño, que me he portado contigo ignominiosamente, pero, por favor, defiéndete.

Luego, se dirigió al escaño del juez y empezó a hablar vehementemente.

—Señor juez: yo sé que no se defenderá, y tiene toda la razón. Desde que llegó a Nueva York, todos le hemos hecho daño. Ha sido la víctima propiciatoria de los sinvergüenzas de la ciudad. Todo el mundo se rió de él. Pero yo fui peor porque me hice con su confianza y cada vez que hablaba, que exponía alguna idea, yo tomaba las cosas de manera que le hacía pasar por un idiota. Hasta que, por fin, me convencí de que nunca podría encontrarme en su centro en este ambiente nuestro de falsedad e hipocresía, dejé de escribir contra él. ¡Si ese hombre está loco, todos nosotros hemos de llevar camisa de fuerza!—

Cedro, indignado del cariz que tomaban las cosas, exclamaba:

—Eso es absurdo. Esta chica está enamorada de ese loco.

—Si lo estoy, ¿qué le importa a usted?— dijo Babe furiosa.

—Usted le quiere, no lo niegue— insistió Cedro.

—Si, si, le quiero con toda mi alma, ¿le importa algo?—

¿Qué pasó por el alma de Longfellow a partir de este momento? Un deslumbramiento, una revelación que le devolvió la vida y con ella el ansia de defenderse, el afán de aplastar con la apisonadora de su lógica a todo el rebaño de vividores que se le echaba encima.

Pero su intervención merece capítulo aparte.

VII. — EL JUICIO DE SALOMON

Longfellow preguntó al juez:

—¿Puedo declarar?—

En toda la sala se levantó un rumor de emoción.

—Desde luego —dijo el presidente—. Ocupa aquella silla.

Longfellow se dirigió con paso seguro a la silla, que estaba situada junto al sitio que ocupaba Cedro.

En medio de un silencio sepulcral, Longfellow empezó así:

—Es un bonito discurso el que Cedro hizo a costa mía. Si yo, en vez de ser la víctima, hubiese sido uno de esos señores del público, habría creído en mi propia culpabilidad. Esto supongo que es porque la misión de los abogados no es otra que tergiversar la verdad.

Dicen que estoy loco porque toco el trombón. Si esto es un síntoma de locura, pueden ir inaugurando nuevos manicomios, pues somos muchos los que sentimos afición por ese instrumento. Cada vez que quiero fijar mi atención en algo, cojo el trombón. Esto no quiere decir más que cada persona tiene sus manías peculiares para reconcentrarse. Por ejemplo, su señoría, es un «llenado», señor juez.

El juez sonrió confuso al mirar la portada de un folleto en que había ido pintando cuidadosamente los huecos de todas las oes.

—Uno de los muchos artículos que se escribieron decía que yo tenía la manía de correr detrás de los bomberos. Y creo no ser el único: hay miles de personas que en cuanto pueden ir a ver un incendio, no se lo dejarían perder por nada del mundo.

En este punto, Cedro interrumpió:

—Muy bonitas sus explicaciones, pero también nos va a hacer creer que ir en calzoncillos por la calle es algo corriente...

Longfellow sonrió.

—El señor Cedro tiene razón. Estas cosas no se hacen corrientemente y parecen de locos, ¿verdad? Pero lo cierto es que aquella noche bebí más de la cuenta, me emborraché por primera vez en la vida, y por eso hice tantas tonterías. Eso le pasa a cualquiera. Sobre las hermanas Folkner, ¿me permite que hable con ellas, señor juez?

—Si, si; desde luego.

—¿Quién es el dueño de la casa donde vives, Jane?

—¿Quién va a ser? Tú.

—¿Pagas alquiler?

—No; jamás nos ha cobrado nada.

—¿Sigues creyendo que estoy «virituta»?

—Claro que sí; siempre lo has estado...

—Además de yo, ¿hay más «viritutas» en Mandrake Falls?

—Sí; todo el mundo... menos Amy y yo.

—Una pregunta más. El juez es simpático, ¿no?

—Sí... murmuró entre dientes la aludida.

—¿Crees que está «virituta»?

—¡Naturalmente!—

Más de dos horas estuvo Longfellow defendiéndose ante el tribunal. Hasta los más indiferentes fueron sintiéndose poco a poco atraídos hacia él. Uno a uno fué destruyendo los razonamientos y los sofismas legales de Cedro y afirmando cada vez más el equilibrio de sus facultades mentales.

—En una palabra —concluyó diciendo—. Con lo que me dejaron, pretendo ayudar a los demás, a los que lo necesitan. Si yo voy en un barco y veo a un hombre remando y otro ahogándose, ¿a quién debo socorrer? Un niño contestaría a esta pregunta.

Cuando hubo terminado, el juez, después de pedir absoluto silencio para pronunciar su fallo, se volvió hacia Longfellow, diciéndole:

—Señor Deeds: se han presentado muchos testimonios contra usted; su conducta ha sido poco corriente, pero según mi humilde opinión, no solamente está usted absolutamente cuerdo, sino que es el hombre más normal de todos los que hayan pisado este tribunal.

Una salva de aplausos coronó la decisión del juez, quien, a pesar de sus esfuerzos, no pudo restablecer el orden. El público se llevó a Longfellow y sólo quedaron en el salón las dos hermanas Falkner y Babe, ésta derramando abundantes lágrimas de alegría.

Al cabo de poco, se oyeron en el corredor fuertes murmullos y apareció Longfellow con la ropa deshecha, como un naufrago que acaba de salvarse. Y cogió en sus brazos a Babe, besándola repetidas veces.

—¡Vamos, vida mía! A las seis sale el tren de Mandrake Falls.

Las hermanas Folkner se miraron una a otra y cambiaron estas palabras:

—Los dos están «viritutas».

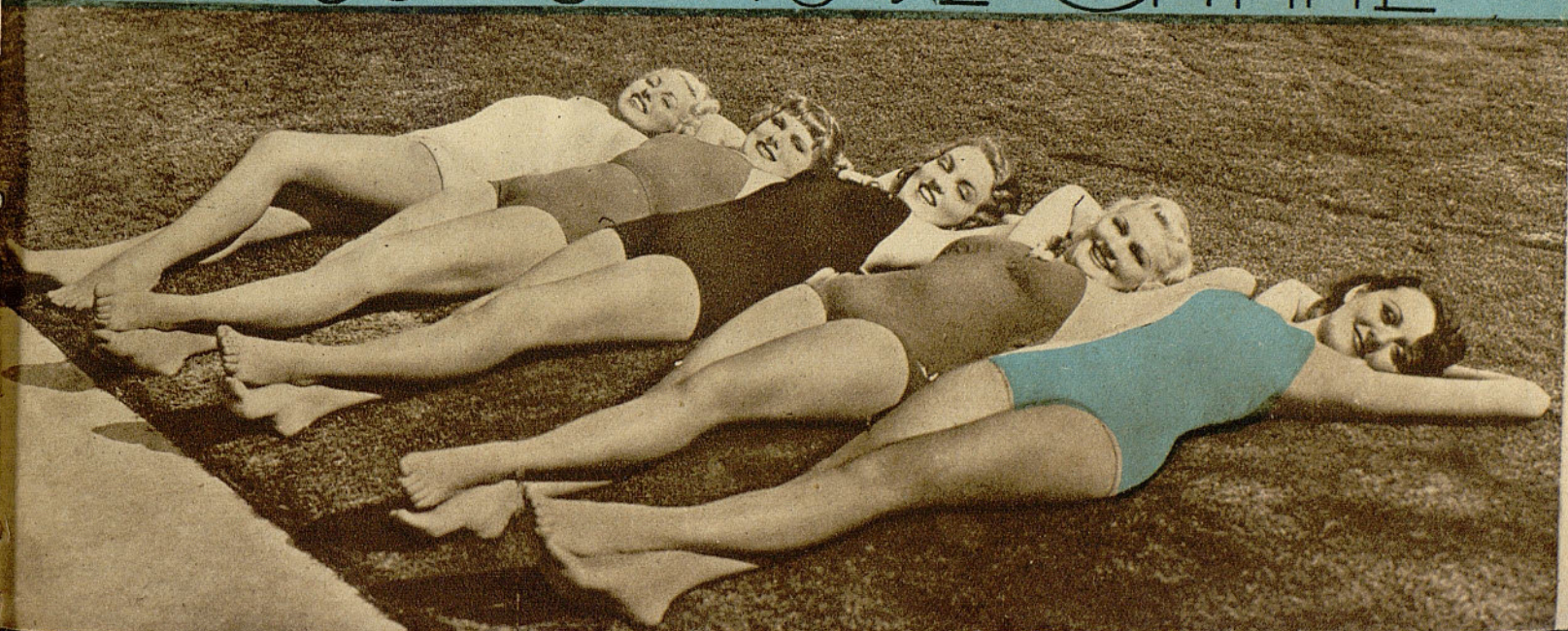
—Completamente «viritutas».

FIN



La juventud y la belleza radiante de los magníficos cuerpos de estas muchachas de la Paramount muestran bien a las claras la aportación del cine a la creación de un tipo de mujer de líneas impecables. Fidiás no habría podido escoger mejores modelos si aun hubiese tenido que inmortalizar su obra.

ESCULTURAS DE CARNE



Filmoteca
Madrid

FILMS SELECTOS



GARY COOPER

y

GEORGE RAFT